

# **¿Día del juicio o jubileo? En vísperas del Tercer Milenio**

---

*Brian E. Daley*

## **¿Está cerca el fin del mundo?**

Ésta es la pregunta que en el otoño del año 418 Hesiquio de Salona (hoy Split, ciudad croata en la costa adriática) le planteó a Agustín de Hipona.

Hacía más de 25 años que un sentimiento de angustia, incluso a veces de pánico, atormentaba el corazón de muchos cristianos del mundo de habla latina. Pues, a pesar de la relativa prosperidad del periodo y del hecho de que los cristianos podían practicar libremente su fe religiosa, las frecuentes incursiones de los pueblos germánicos en territorios del Imperio hacían vislumbrar un final cercano.

En el 410, el saqueo de Roma por el ejército de Alarico no sólo produjo un éxodo de los ciudadanos pudientes —tanto cristianos como paganos—, sino que planteó la inquietante pregunta sobre la responsabilidad de la Iglesia en la decadencia del Imperio y, sobre todo, en la caída de una ciudad que, durante siglos y siglos, se había mantenido inexpugnable.

En el verano de aquel mismo año 418 se produjeron toda una serie de catástrofes naturales que muchos consideraron como señales de la proximidad del fin: una sequía pertinaz que se extendió por todas partes, terremotos en el Norte de África y en Palestina e incluso un eclipse de sol.

Es en este contexto de alarma constante en el que hay que situar la pregunta de Hesiquio a Agustín, que fue el comienzo de una correspondencia entre ambos sobre la cuestión de la parusía y el fin del mundo. Es cierto que, de acuerdo con el tema literario típicamente romano de la división de la historia en edades o milenios que habían de culminar con una edad de oro, en sus obras de juventud. Agustín incurrió en especulaciones sobre el cálculo del tiempo. Pero en aquellas alturas de su vida, Agustín había madurado mucho su pensamiento y, para él resultaba claro que ni los profetas ni Jesús querían alimentar la curiosidad de los que —como los discípulos de Jesús— pretendían saber «cuál es la señal de tu llegada y del fin del mundo» (Mt 24,3).

Agustín se esfuerza, pues, en explicarle a su interlocutor que la intención de la Escritura no va en la línea de estimular el cálculo y de satisfacer la curiosidad, sino en la de promover aquella actitud de alerta serena y activa con la que, en todo momento, el cristiano ha de estar a la escucha del Señor y preparado para su venida. Así, en la última de sus cartas y refiriéndose a las parábolas de Jesús en la que exhorta a la vigilancia, Agustín cierra sus reflexiones con esta observación: Hay tres actitudes posibles de la persona que «desea el retorno del Señor». Uno puede decir: «Estemos alerta y mantengámonos en oración, porque, aunque el Señor se haga esperar, esta vida es corta e incierta». Un tercero puede reafirmarse en su actitud de espera diciéndose a sí mismo: «Estemos alerta y mantengámonos en oración, porque la vida es corta e incierta y no sabemos cuándo vendrá el Señor». Pues bien —concluye Agustín— es esta tercera actitud la que, al reconocer su ignorancia, toma más en serio la exhortación del Evangelio a la vigilancia.

### **La pregunta seductora**

Sin embargo, la pregunta de Hesiquio siguió ejerciendo un enorme poder de seducción, como lo había hecho aun antes de que él la plantease. La tentación de utilizar las imágenes y el lenguaje de distintos pasajes de la Biblia como base para considerar la propia época como la etapa final de la historia y de sacar de ellos información precisa para calcular cuándo será exactamente el fin del mundo ha continuado viva después de Hesiquio y Agustín.

De hecho, hoy en día basta con arrimarse a un quiosco para topar con periódicos o revistas sensacionalistas que ofrecen a sus lectores la última interpretación de urgencia sacada de la Biblia sobre la inminencia del fin del mundo. Y, a medida que se acerca el nuevo milenio, mayores son los temores de mucha gente de que el fin está ahí, como quien dice, a la vuelta de la esquina.

El suicidio colectivo de los miembros de la secta *Heaven's Gate* (puerta del cielo) en el Sur de California nos recuerda que la sola aparición de un cometa —el *Hale-Bopp*— puede desencadenar en algunos norteamericanos reacciones incluso superiores a la de los romanos del tiempo de Agustín.

En la historia del cristianismo, esta idea de un cambio radical y de un juicio inminente, basado en imágenes bíblicas que manifiestan los «signos de los tiempos» (Mt 16,3), constituye un fenómeno recurrente sobre todo en tiempos de persecución o entre grupos que se han considerado marginados por la sociedad o por la Iglesia.

Ya a comienzos del siglo III, cuando la fe cristiana era todavía perseguida, Tertuliano de Cartago estaba convencido de que las catástrofes cósmicas vaticinadas en la Biblia para señalar el fin de la Historia humana eran inminentes. Y Cipriano, obispo de la misma ciudad norafricana, cuarenta años más tarde vio en las epidemias y en la inestabilidad política de su tiempo señales claras de que «el mundo envejecía» y de que el final estaba cerca.

Por sus características especiales, por su rotundidad, algunos años merecieron particular atención. Así, el año 500 fue considerado como una fecha verosímil para el final. Y, de nuevo, en el siglo X, a medida que se acercaba el año 1000, predicadores en Francia y en otras partes proclamaban abiertamente que, con la llegada del nuevo milenio, vendría el fin del mundo. Incluso se difundieron ideas tan peregrinas como que el final había de ser el año 992, porque, por primera vez después de muchas décadas, coincidiría la fiesta de la Anunciación con el Viernes santo.

Hacia finales del siglo XII, Joaquín de Fiore, abad de un monasterio de la Calabria y místico intérprete de la Escritura, consideró que había evidencias en ella para elaborar un esquema de la historia de la humanidad dividido en tres grandes edades: la del Padre —centrada

en la alianza con Israel y dominada por la institución del matrimonio—, la del Hijo —el tiempo de la Iglesia, dominado por el clero— y la nueva edad del Espíritu, centrada en nuevas comunidades «espirituales» de religiosos y religiosas, cuya presencia transformaría radicalmente la sociedad y la Iglesia y desembocaría en el fin de la historia.

A partir de la época de la Reforma han surgido en distintos tiempos y lugares grupos radicales o milenaristas que, en distintas formas, anunciaban la inminencia del fin del mundo.

### **Puntos de vista contemporáneos**

El entusiasmo por hallar en las Escrituras indicaciones proféticas claras para poder afirmar que el final está cerca continúa hoy en día entre muchos cristianos evangélicos, sobre todo entre Iglesias protestantes «fundamentalistas». Los hay «pre-milenaristas» y «post-milenaristas», según que esperen el retorno del Señor antes o después del período de paz y concordia que representaría la plenitud del Reino de Dios en la tierra.

Pese a la gran diversidad de variantes y de matices, este tipo de concepción ejerce un enorme poder sobre muchas mentes religiosas. Ocasionalmente surgen grupos que se arriesgan a datar la parusía. Uno no deja de sorprenderse de que, pese a la cantidad de veces en que ese intento se ha visto desmentido por la realidad de las cosas, esta pauta de una expectación apocalíptica continúa jugando un papel dominante en numerosos grupos cristianos. Para explicarse ese fenómeno, uno llega a sospechar que, si esos grupos son capaces de adaptarse tan fácilmente a la dilación de la parusía, es porque, en el nivel más profundo, su esperanza —milenarista o apocalíptica— es realmente menos un cambio para predecir el futuro que un intento de trasponer, en términos concretos de su propia vida, el sentido de la realidad siempre presente de Dios que se preocupa de los que le son fieles.

### **El género apocalíptico**

¿Qué podemos decir, desde la perspectiva de la moderna ciencia bíblica, sobre el género apocalíptico de la Biblia?

1. *La apocalíptica veterotestamentaria*. El género apocalíptico hunde sus raíces en el suelo de la tradición religiosa de Israel. Su

inspiración procede de la antigua herencia profética: de las invectivas morales de Amos e Isaías, de las vívidas descripciones del «día de Yahvé» que hallamos en los libros de Isaías y Joel, de las visiones, llenas de imágenes, con las que profetas como Ezequiel o Zacarías expresaron la restauración y la transformación de la nación.

El género apocalíptico se inspira también en la antigua tradición sapiencial, tanto de Israel como de los pueblos vecinos: en la fascinación que ejercen los números y las paradojas, en la perplejidad que provoca la irracionalidad y «vanidad» del ser humano y en la convicción, que subyace a todas esas vivencias, de que el Dios cuya «gloria consiste en ocultar cosas» (Pv 25,3) es el mismo que «da la sensatez y de su boca proceden saber e inteligencia» (Pv 2,6). A fin de cuentas, la palabra *Apocalipsis*, con la que designamos este género literario, es un término griego que significa *revelación*, o sea, la acción de quitarle el velo a realidades hasta ahora ocultas.

El paradigma del género apocalíptico en el AT es el libro de Daniel.

El mensaje que se le da al afortunado lector del libro, el *Apocalipsis* —el conocimiento oculto que se le *revela*— es muy simple: Dios no ha muerto ni está lejos; es el mismo de siempre: conoce el sufrimiento de su pueblo y su poder sigue siendo supremo. A los que tengan aguante, a los que conserven su entereza moral y sigan observando la Ley, se les promete una nueva vida de paz, seguridad y dicha, no en el mundo que conocemos ni a base de restablecer las instituciones y las relaciones de poder de antes, sino en un mundo nuevo y glorioso que nuestros corazones sólo vagamente pueden imaginar. ¡Y esto *pronto*!

2. *La apocalíptica cristiana*. Esa apocalíptica, de la que conservamos varios ejemplos de los primeros siglos, usa procedimientos semejantes para un mismo mensaje de aliento dirigido a una comunidad que se considera también marginada y oprimida. La diferencia —comprensible— con la apocalíptica judía consiste, sobre todo, en el papel que se le asigna a Jesús. El Señor resucitado, reconocido como el Salvador, como el único que ha realizado en su propia persona el triunfo del Reino de Dios. Así, el Apocalipsis de Juan —el único ejemplo completo del género que existe en el NT— constituye una reelaboración de las imágenes y escenas dramáticas del

AT, en las que se mezclan alusiones a sucesos —al parecer contemporáneos— y a figuras de los últimos años del siglo I, y que va precedido de sendas cartas dirigidas a siete Iglesias de Asia Menor.

Estos breves apuntes sobre el género apocalíptico en la Biblia deja en claro algunas cosas. El objetivo de este género literario, rebosante de imaginación, es religioso y teológico, más que informativo. Obras como Daniel y acaso también el Apocalipsis se asemejan a una apologética en un mundo en el que la fe era considerada infundada y peligrosa, y a una exhortación moral a la fidelidad dirigida a una comunidad que vivía bajo una enorme presión social.

No pretendían proporcionar unas claves para saber exactamente cuándo y cómo la historia tocará a su fin. Son como grandes tapices con imágenes llenas de colorido que representan páginas de la obra profética. O como poemas dramáticos en los que resuenan los ecos litúrgicos y las alusiones narrativas de las antiguas tradiciones de Israel. Contienen proverbios, acertijos, puzzles, para estimular el interés de la mente creyente por desentrañar el sentido de la historia, de «romper los sellos», de «abrir los volúmenes» de la historia de la humanidad ante Dios. Pero nunca han sido pensados para guardar los detalles del escenario actual de la historia en nuestro sentido moderno de serie de acontecimientos identificables fácticamente y ni siquiera en el sentido antiguo más libre de un relato seguido e inteligible. No pretenden proporcionarnos el «relato» actual del futuro más o menos inmediatos, sino decirnos cómo es nuestro Dios y cómo ha de ser su pueblo. Pretenden, en suma recordarnos, en términos cósmicamente dramáticos, la promesa salvadora de Dios.

## **La perspectiva apocalíptica**

Si el género y la tradición apocalíptica ha de entenderse así, ¿cómo interpretar la mentalidad que pretende leer en la crisis de cada época el cumplimiento literal y último de lo que se supone que vaticina la apocalíptica bíblica? Desde el punto de vista histórico y sociológico, es fácil descubrir un paralelismo entre el modo de entender la apocalíptica de los cristianos milenaristas de todos los tiempos y el de la comunidad martirial del judaísmo tardío, en la que probablemente se compuso el libro de Daniel. Se sitúan en esa perspectiva apocalíptica

muy especialmente los creyentes que se consideran ajenos al mundo, remando contra corriente de la cultura de su tiempo, gente que —con razón o sin ella— se ven marginados, perseguidos, por los poderes establecidos de su sociedad.

Se trata de personas que no encuentran nada positivo ni bueno en el tiempo en el que les ha tocado vivir, que no vislumbran ninguna posibilidad de cambio con el esfuerzo humano y que, al considerar la historia como un enigma impenetrable, se refugian en una fe indomable en el Dios de la historia, que les lleva a dirigirse sólo a él en busca de sentido y de solución drástica y definitiva para los problemas de la humanidad.

En su magistral obra, de reciente publicación, *La venida de Dios* (1996), J. Moltmann observa que la mentalidad apocalíptica es más que un simple miedo a la calamidad que se nos viene encima. Es la actitud religiosa de quien, como desde fuera, vislumbra un cataclismo de cuyas cenizas ha de surgir un nuevo comienzo.

«El que tiene en sus manos el poder —dice Moltmann— teme que éste se acabe. El que sufre los efectos de este poder espera que éste se acabe. Los que disfrutan de las ventajas del mundo moderno porque viven «en la parte soleada de la calle» teme que este mundo se venga abajo. El que sufre porque vive «en la parte baja y sombría» suspira por su hundimiento. Para los unos, *Apocalipsis* es sinónimo de catástrofe; para los otros, es una expresión que descubre la realidad y revela que, finalmente, la verdad se abrirá camino y les liberará».

Esta concepción positiva de Moltmann debería completarse con otros puntos de vista que sugieren los peligros de la mentalidad apocalíptica, cuando no se mantiene dentro de los límites de una fe y una comprensión auténticamente religiosa. El análisis apocalíptico y recientes estudios del pensamiento apocalíptico desde el punto de vista psicoanalítico muestran los riesgos anejos a la mentalidad apocalíptica. Así, se da la posibilidad de que las creencias religiosas se mezclen con fantasías del inconsciente, dando como resultado una mixtificación del contenido auténticamente religioso del mensaje apocalíptico, como sucede, por ej., en determinadas posturas milenaristas y apocalípticas propensas al fanatismo.

## Postura clásica de la teología católica

La gran corriente de la teología católica ha ido en la línea del agnosticismo agustiniano respecto al conocimiento del tiempo de la parusía (véase Mt 24,36). Pocos como el pensador y teólogo Francisco Suárez han expresado claramente esa postura. Comentando a Santo Tomás escribe en 1585:

*Cuando consideramos la causa primaria por la que el mundo sigue existiendo, no podemos conocer si su fin está cerca o lejos. De hecho, por las señales que proporciona la Escritura para calcular el tiempo de la segunda venida del Señor, no podemos hacer prácticamente ninguna conjetura que justifique el juicio que nos formamos. Pues aquellas señales que parecen haberse cumplido son muy generales y comunes, y han tenido lugar prácticamente en todas las épocas de la Iglesia. En cambio, no se dan aquellas señales características de las que Cristo dice: «Cuando veáis todas esas señales, saben que el final está cerca, está a la puerta».*

Tras aludir los autores de los primeros siglos del cristianismo — Pablo y Judas en el NT, Cipriano y Jerónimo entre los Padres de la Iglesia— que se preguntaron si estaban viviendo en los últimos días de la historia, Suárez continúa:

*La larga experiencia en las situaciones humanas deja claro que estas señales son insuficientes para formarnos un juicio sobre la proximidad del día del juicio. Pues las mismas señales de ahora se dieron hace centenares de años y no pasó nada.*

De hecho, en la tradición católica la interpretación de los «signos de los tiempos» que nos ofrece la Biblia ha tendido no sólo a ser matizada por el agnosticismo agustiniano, sino también a ser cotejada con otra actitud más positiva respecto a la historia humana: la actitud que considera la historia no sólo como un libro cerrado que sólo el poder de Dios puede abrir o como el relato de la carrera de resistencia de la humanidad pecadora hacia una meta catastrófica, sino también como una oportunidad, como el teatro en el que se ha logrado la salvación y en el que el papel providencial de la Iglesia consiste en dar testimonio y en anunciar esta salvación concretamente a los hijos de esta historia.



Acaso por el hecho de que, desde los tiempos de Agustín, la Iglesia católica ha constituido una institución estable, inextricablemente entrelazada en la urdimbre de la sociedad humana a la vez que crítica con ella, la teología y la predicación católica se ha centrado menos en los pronunciamientos apocalípticos de un final inminentemente de lo que han hecho sus colegas protestantes socialmente más críticos.

## Desde el Vaticano II

La actitud hacia el mensaje apocalíptico más típica de la tradición católica se expresa en el Vaticano II. Tras exponer la compatibilidad entre el acento que pone la fe cristiana en la centralidad de Jesús en la historia y la autonomía de la actividad humana, la Constitución *Gaudium et Spes* prosigue diciendo:

*Ignoramos el tiempo en que se realizará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, deformada por el pecado, ciertamente pasa. Pero se nos dice que Dios nos prepara una nueva morada y una tierra nueva en la que habitará la justicia (...) Se nos advierte que de nada le sirve al ser humano ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación por perfeccionar esta tierra donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana que, de algún modo, ya anticipa un vislumbre del nuevo siglo. Por tanto, aunque hay que distinguir con esmero entre progreso terreno y Reino de Cristo, sin embargo, el progreso temporal importa en gran medida al Reino de Dios, por cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana (nº 39).*

La razón de la conexión intrínseca entre el Evangelio y el desarrollo material y humano consiste en la comprensión de la encarnación de la Palabra de Dios dentro de la historia humana. La verdad es —afirma el Concilio— *que el misterio del ser humano sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado (...). Con su encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo, con todo ser humano. Él trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre (GS nº 22).*

Como comunidad humana que anuncia la buena nueva del Reino de Dios en Cristo, la Iglesia tiene como rol ser «sacramento universal de salvación» que simboliza y juntamente realiza, en términos humanos, la nueva creación de la humanidad que ha comenzado con las acciones y la persona de Jesús. La Iglesia está llamada a tomar en serio el mundo y sus posibilidades, a trabajar para humanizar el mundo y también para aprender de la sabiduría humana del mundo. Para el Concilio, la encarnación da un nuevo sentido a la concepción cristiana de la historia y de su fin.

Con ese mismo espíritu de reconocimiento de las posibilidades de la historia para una transformación por la presencia en ella de Cristo, Juan Pablo II ha hecho recientemente un llamamiento a los cristianos y a todas las personas religiosas para celebrar el próximo cambio de milenio, no como un tiempo de mal augurio, sino como un tiempo para la reflexión y el compromiso gozoso en orden a construir una comunidad humana de justicia, amor y paz.

En su Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* (Al aproximarse el tercer milenio) en 1994, el Papa habla del comienzo de este nuevo período de la historia humana usando la expresión paulina «plenitud de los tiempos» (Ga 4,4).

*En el Cristianismo —escribe el Papa— el tiempo tiene una importancia fundamental. El mundo fue creado en el tiempo. Dentro del tiempo se desarrolla la historia de la salvación que culmina en la «plenitud del tiempo» de la encarnación y apunta al retorno del Hijo de Dios al final de los tiempos. El tiempo se convierte, pues, en una dimensión de Dios, que es eterno (nº 9-10).*

Al Papa no le interesa simplemente una reflexión filosófica sobre el tiempo y la eternidad. Lo que le importa es explicar por qué los cristianos —junto con los judíos y los musulmanes, que participan, como mínimo, del mismo amplio marco de la fe bíblico-histórica— deben considerar el año 2000 del calendario occidental, no como una ocasión para presagios apocalípticos, sino como oportunidad única para «santificar» el tiempo con la plegaria y la reflexión común en la presencia liberadora de Dios en la historia.

Juan Pablo II recuerda la antigua costumbre, prescrita en el Levítico y el Deuteronomio, de dejar descansar la tierra del cultivo cada

siete años y de celebrar cada cincuenta un año de «jubileo», en el que la propiedad de las tierras debía volver a sus antiguos poseedores, los esclavos debían quedar libres y las deudas canceladas. Así, según el ideal de la Ley, los aniversarios, que marcaban el paso del tiempo, debían ser ocasiones para restablecer la forma primigenia de la comunidad querida por Dios, a fin de reafirmar la igualdad social, la atención a la justicia, la preocupación por el débil y la actitud de protección del medio ambiente, que era herencia común de la comunidad.

Teniendo como modelo esta antigua costumbre, el Papa sugiere que las Iglesias cristianas deben considerar la celebración del bimilenario de la encarnación como un «gran jubileo extraordinario», en el que la experiencia de la presencia de Dios en el tiempo mediante la persona de Jesús ha de provocar en nosotros un compromiso más profundo para vivir individual y colectivamente nuestra fe, para renovar la vida de la Iglesia y para entregarnos, con redoblada energía, a la obra de traer al mundo la justicia, el respeto mutuo y una unidad sellada por la paz.

## Opciones y desafíos

Durante los meses que nos separan del final del segundo milenio, nos encontramos ante una gran variedad de opciones. Por supuesto, hay quien aprovechará estos meses para realizar algún proyecto que acaricia. Y no pocos ya tienen dónde y cómo pasarán la última noche del año.

Para las personas profundamente religiosas, para los que están abiertos de par en par al mensaje del Evangelio, existen, como mínimo, dos actitudes con las que habrá que contar: la “de tener” la llegada del próximo milenio como una ocasión para pensar en la oscuridad y la fragilidad del tiempo, y la de considerarla como un jubileo, como la gran oportunidad para alegrarse de que el tiempo se haya convertido en el modo de ser en el que ha querido vivir el Dios eterno.

La actitud que adoptemos ha de ejercer un enorme influjo no sólo en el modo de celebrar el día último del año, sino también en nuestra comprensión del compromiso cristiano, las relaciones humanas e incluso la política. Las dos actitudes pueden ser objeto de exageración y de deformación. Los que ven la llegada del nuevo milenio como una señal de

la inminencia del final y leen las crisis de nuestro mundo en términos apocalípticos están expuestos a la tentación de descuidar las tareas presentes y el ejercicio de la responsabilidad que nos reclama nuestra condición cristiana. Para ellos existe también el riesgo de denominizar hasta tal punto la cultura actual que resulte imposible el diálogo entre ella y el Evangelio.

Los que ven la llegada del milenio como la gran ocasión para celebrar la entrada de Cristo en la historia humana y su continua presencia en la Iglesia están expuestos a la tentación de tomar demasiado a la ligera los límites de lo temporal, la radical incapacidad de toda institución o proyecto humano de perfilar el Reino de Dios y la posibilidad de convertir en ídolos los ideales de la cultura cristiana, la política cristiana o incluso las Iglesias cristianas.

Ambas actitudes —el sentido apocalíptico de la fragilidad de este orden temporal y el sentido encarnacional de la presencia redentora de Cristo dentro de esa fragilidad— son centrales en el mensaje de los Evangelios y de todo el NT. El desafío para la fe y para el mensaje cristiano consiste justamente en mantener entre ellas un sano equilibrio que permita alimentar tanto la plegaria como la acción cristiana.

La clave para mantener este equilibrio radica indefectiblemente en centrar toda nuestra vida de fe en la persona y la acción de Cristo, pues él constituye todo el misterio que profesa nuestra fe y del que procede toda nuestra vida cristiana, el Dios que —como dice Ireneo— «se hizo lo que nosotros somos para que nosotros pudiésemos convertirnos en lo que él es».

Para permanecer viva y fiel a sus orígenes, nuestra fe ha de mantener siempre este sentido del pasado, del presente y del futuro, distinto cada uno de ellos en la confesión del misterio de Cristo. De lo contrario, se corre el riesgo de caer en puro arcaísmo o en puro triunfalismo o en puro fanatismo apocalíptico. Hay que tener muy presente el hecho de que Jesús, al que reconocemos como el Señor, fue víctima de la historia, testigo de la radical incapacidad de todo sistema político y religioso para reflejar la vida de Dios. Y sin, embargo, hemos de recordar también que ese mismo Cristo, cuya segunda venida esperamos, es el que nos prometió que estaría con nosotros «hasta el fin del mundo» (Mt 28, 29).